

MAT. Disculparle... ¡Ojalá!

FED. Este secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné á revelarle fué porque estaba decidido á huir para siempre de esta casa, á morir...

MAT. ¿Qué dice usted?

FED. Y ese es el único partido que puedo tomar en esta situación.

MAT. (*Acercándose.*) ¡Cielos! Federico... ¡Ah! ya sé que no tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted á esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.

FED. Amigos ya no los tengo.

MAT. Más de los que usted piensa.

FED. (*Arrojándose á sus pies.*) ¡Qué escucho! Matilde, acaba usted de hacerme feliz.

ESCENA III

Dichos; EL VIZCONDE, que entra por el fondo con una libranza en la mano.

VIZ. (*Al verlos.*) ¿Qué es esto?

MAT. ¡Ay! (*Huye á su cuarto.*)

VIZ. (*Riendo.*) Magnífico... Ese es el patético más sublime... Felizmente esta escena no ha tenido más testigos que yo.

FED. Caballero...

VIZ. Basta. No hablaré una palabra de esto á mi tía; tal vez le privaría á usted de este último beneficio. (*Le da la letra.*) Ahí tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted, repito.

FED. Jamás; la mano que me la ofrece sería muy suficiente motivo para que yo la rehusase.

VIZ. ¿Qué quiere decir eso?

FED. Que debo mil consideraciones á mi bienhechora, pero á usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...

VIZ. (*Riendo.*) ¿De sorprenderle á los pies de su prima?

FED. No, señor, de apoderarse de una carta que no era para usted; esa es una acción digna sólo de un hombre sin principios, sin educación... me parece que me explico.

VIZ. ¡Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posición y mi delicadeza: se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representación alguna para insultarme. . eso

es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

FED. Sir duda: su apellido de usted, su cuna harían el combate muy desigual.

VIZ. No me ha entendido usted; no hablo de esas distinciones: al fin con la espada en la mano no seríamos más que dos hombres simplemente; hablaba sólo de la posición de usted en esta casa.

FED. Ya no estoy en ella, me han echado.

VIZ. Debiera usted recordarla, así como los respetos...

FED. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tía y los ultrajes del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...

VIZ. ¡Caballero! Basta, ya me ciega mi cólera; usted necesita una lección, se la daré.

FED. Veremos quién la da ó la recibe.

VIZ. Necesito una satisfacción.

FED. Ese es mi deseo.

VIZ. Corriente: ¿qué armas?

FED. Cualquiera.

VIZ. ¿La espada?

FED. Sea la espada.

VIZ. ¿Testigos?

FED. No los necesito.

VIZ. ¿El sitio?

FED. Fuera de la puerta de Atocha.

VIZ. ¿A qué hora?

FED. Ahora mismo.

VIZ. Perfectamente.

FED. Le sigo á usted.

ESCENA IV

FEDERICO

¡Bravo! Él tira muy bien, yo en mi vida las he visto más gordas: mejor, con eso acabaremos más pronto, y me verá libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver á ver á Matilde, ya que es preciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V

FEDERICO, FELIPE

FEL. (*Que ha oído las últimas palabras.*) ¿Abandonarla? Todavía no.

FED. ¿Qué dices?

FEL. Que acabo de hablar por usted.

FED. ¿No te lo había prohibido?

FEL. Oígame usted: usted ha hecho muchos disparates: el primero amar á la señorita

doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.

FED. ¿A tí?

FEL. Sí, señor; esta es una idea como otra cualquiera; si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo á ella.

FED. ¿Qué dices! ¿Es posible?

FEL. ¡Si es posible! Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo día en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambición como he tenido yo para usted.

FED. ¡Querido Felipe!

FEL. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.

FED. ¡Cierto! ¿Cómo te has compuesto para lograrlo?

FEL. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.

FED. Desde ahora las apruebo.

FEL. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida á decirle una palabra acerca de la carta.

FED. ¡Dios mío! Esto es hecho.

FEL. ¿Qué?

FED. Nada, nada; ¿y la segunda?

FEL. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfacción, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.

FED. ¿Yo pedir perdón? ¿y á mi rival? ¿al autor de mis desgracias, á un hombre de quien sólo recibo ultrajes? ¿perdón? Cuando voy á batirme con él...

FEL. ¡A batirse!

FED. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar más que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.

FEL. ¡Citados!

FED. Sí, y es preciso que me encuentre ya allí cuando vaya: quiero ser el primero. ¿Qué, tiemblos? ¿Es de miedo?

FEL. Tal vez; por mí mismo no he experimentado nunca lo que ahora por usted. ¡Batirse! ¡Y sin saber coger una espada!

FED. ¿Qué importa?

FEL. ¡Y con un hombre que tiene tanta seguridad!

FED. Me es indiferente.

FEL. Es correr á una muerte cierta.

FED. Enhorabuena: ¿qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caído del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi origen, sin padres, sin familia...

FEL. ¿Qué, yo no soy nada para usted?

FED. (*Cogiéndole la mano.*) Sí, Felipe, sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos arrasados en lágrimas.

FEL. (*Conmovido.*) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted á tan funesto designio.

FED. ¡Renunciar!

FEL. (*Con energía.*) ¡Federico! Amigo mío, yo se lo suplico á usted, se lo pido de rodillas, no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, á quien va usted á hacer mil veces más desgraciada; sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto á usted nacer, que le ha recibido en sus brazos; olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.

FED. ¡Olvidarlos! Jamás.

FEL. Pero ¿sobre qué fué la disputa?

FED. No sé; sólo sé que debo vengarme.

FEL. ¿Qué le ha dicho á usted?

FED. (*Enajenado.*) No lo sé, nada; pero debo vengarme de él, de su amor, de su boda con Matilde. La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.

FEL. (*Con frialdad.*) No, señor.

FED. ¿Cómo que no?

FEL. No va usted.

FED. ¿Qué te atreves á proponer?

FEL. Que ya que es usted sordo á mis ruegos y á la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los míos: usted no saldrá de aquí.

FED. ¿Quién me lo ha de impedir?

FEL. Yo.

FED. Eso lo veremos. (*Se acerca á la mesa, coge sus guantes, su sombrero y su bastón: al mismo tiempo Felipe va á cerrar la puerta y coge la llave.*) ¡Cómo! (*Se vuelve y lo ve.*) ¿Te atreves?...
FEL. Sí, señor, á salvarle á usted, mal que le pese; sí, señor, le he dicho á usted que no saldrá de aquí, y no saldrá usted.

FED. ¡Qué osadía! (*Conmovido.*) Felipe, vuélveme esa llave.

FEL. No, señor.
 FED. (*Colérico.*) Teme mi furor.
 FEL. Nada temo; y le prohibo...
 FED. ¡Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...
 FEL. (*Queriendo contenerle.*) Téngase usted.
 FED. (*Enarbolando el bastón.*) Yo la castigaré.
 FEL. ¡Pega, desgraciado, pega á tu mismo padre!
 FED. ¡Mi padre! (*Deja caer su bastón.*)
 FEL. Sí, yo soy tu padre: ¿cuál otro origen podría tener este cariño de que no ceso de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debía haber muerto conmigo, secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado á descubrir para librarte de un crimen horroroso.
 FED. No me atrevo á levantar los ojos.
 FEL. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia á un criado.
 FED. ¡Yo avergonzarme! nunca; y esa idea...
 FEL. Sólo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste: en la flor de mis años, en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor á la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el rey y por la patria en un campo de batalla, todo lo sacrifiqué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí exponerme al menosprecio, á la humillación, abrazando un estado... en fin, ciñéndome á ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decía á mí mismo: «Federico me amará, y esto me basta.»
 FED. ¡Padre mío, perdón! (*Se arroja en sus brazos.*) ¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo expiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oídos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.
 FEL. (*Enjugándose los ojos.*) Hijo mío, cálmate.
 FED. ¡Ah! Por favor, explíqueme usted...
 FEL. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga; que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora á obedecerme?

FED. No, no; estoy dispuesto á todo: hable usted.
 FEL. Entra en tu cuarto.
 FED. ¿Y el vizconde, que me espera?
 FEL. ¿No tienes confianza en mí?
 FED. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca: mi honor es el de usted también.
 FEL. Eso me toca á mí; un militar antiguo sabe como tú lo que el honor exige.
 FED. ¡Cielos! y no hay más puerta que esa; es imposible escaparme.) Se lo suplico á usted.
 FEL. Entra, Federico; te lo ruego.
 FED. ¡Querido padre!
 FEL. Pues bien, te lo mando.
 FED. Obedezco. (*Se inclina con respeto, y entra en su cuarto. Felipe lo observa.*)

ESCENA VI

FELIPE. (*Va á poner la llave en la puerta.*)

¡Ah! Conozco cuanto debe padecer, y ya le quiero más... pero no; nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aquí está la señora.

ESCENA VII

FELIPE, DOÑA ISABEL

ISAB. ¿Le has visto, Felipe? ¿Le has indicado mi voluntad?
 FEL. Hable usted bajo, señora; está ahí.
 ISAB. ¡Federico! Pero ¿qué ha habido? estás pálido, demudado.
 FEL. He llegado á tiempo: se iba á batir.
 ISAB. ¡A batirse!
 FEL. Sí, con su sobrino de usted.
 ISAB. ¡Cielos! debiste estorbárselo, prohibírselo.
 FEL. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva orden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.
 ISAB. ¡Qué has hecho!
 FEL. Tranquílcese usted, no sabe más; la segunda parte del secreto no me pertenecía, la he respetado: pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven, ellos se han desafiado, y tarde ó temprano...
 ISAB. ¡A pesar de tu prohibición!
 FEL. A su edad y en hombres de honor esas

prohibiciones no hacen más que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentía y de lo que siento aún con sólo la idea de un ultraje: no hay más que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.
 ISAB. ¡Yo, Felipe!
 FEL. Sí, señora, quitando la causa.
 ISAB. ¿Y cómo?

FEL. Federico ama á Matilde.
 ISAB. Bien, ya lo sé.
 FEL. El vizconde no tiene amor sino á su dote; no le será difícil renunciar á ella, y depone todo proyecto de venganza si usted se lo manda; en cuanto á Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.
 ISAB. ¡La mano de Matilde! Felipe...



FEL. (*Cogiendo su mano.*) Oigame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia, comprometida toda su casa por la adhesión á un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted á ser la víctima de un populacho sediento de sangre, á pesar de su sexo y de su edad; cuando iba usted á pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿á quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podía salvarla en aquella circunstancia difícil; se acogió usted á él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor á su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted sino que también defendió su casa: entonces, ¿lo ha